

Páginas Ilustradas

Revista Semanal

Año IV



Director, Próspero Calderón



No. 139

De profundis clamavi

(Baudelaire)

Desde la sima oscura do he caído
Imploro tu piedad, mi único amor,
Es un tétrico mundo desteñido,
Do nadan la blasfemia y el horror.

Allí reina seis meses noche oscura
Y otros seis sol de helada palidez,
No tiene seres, agua, ni verdura,
Excede á la del polo su aridez.

No hay en la tierra horror ni desconsuelo
Como esa cruel frialdad del sol de hielo
Y esa noche caótica y hostil.

Porque en un sueño estúpido se sume
Mientras el tiempo lento se consume
Su suerte envidió al animal más vil.

Maria Cruz

IV

Reconocida la música como el medio más expresivo y acabado de comunicación universal, que habla directamente al alma del rústico y del sabio, del pobre y del potentado, y de todos se hace comprender en el éxtasis de la sugestión, con estremecimientos de alegría para los espíritus risueños, y con dejos de tristeza para los melancólicos y abatidos, se siente con fuerzas para separarse de su hermana la poesía, y avasallar por sí sola, como soberana independiente á las multitudes.

Temístocles llega á ser menospreciado en cierta ocasión por cuanto ignora el manejo de la lira; y Sócrates, ya viejo, siente la necesidad de aprender los rudimentos para pulsarla. El hijo de Peleo, cuando descansa de sus afanes guerreros, se deleita con el clásico instrumento.

¡Qué mucho, que con estos ejemplos de la antigüedad espiritual, llegue más tarde una época gloriosa de la historia, en que la música se impone y se generaliza entre los más célebres personajes, hasta el extremo de ser considerada como el término indispensable de una buena educación, y de que no fuese bien recibido en una reunión aristócrata, quien no la cultivase en alguna forma, como lo refiere Philomates en su introducción á la música de Morley!

Época gloriosa, en que Benvenuto Cellini hace prodigios con el buril y deleita con el laúd; en que Leonardo de Vinci, asombra con la pintura del Cenáculo, y va á adormecer con sus cadencias arrobadoras á la corte de Milán; en que príncipes y reyes, damas y caballeros, no quieren quedarse postergados, y se dedican á la composición. Jacobo de Escocia, Enrique VIII, Isabel y Carlos IX; en que Carlos V no puede prescindir de la orquesta á la hora de comer, é inaugura los conciertos vocales en su corte de Bruselas, rodeado de un séquito de músicos flamencos, verdaderas notabilidades, como las que llevó á España Felipe el Hermoso, su ilustre progenitor. Nada extraño tiene esto en el caballero rival de Francisco I, cuando se sabe que mucho antes la inmortal protectora de Colón, en medio de sus graves ocupaciones y de sus continuos viajes para dirigir la guerra contra los sarracenos, pedía en las horas de descanso un baño de melodía á su guardia constante de poetas y de cantores, los cuales la entretenían y confortaban en la capilla con sus motetes y plegarias, en la cámara con sus romanzas y villancicos, bajo las tiendas, con sus canciones guerreras.

La música sagrada y la poesía caballeresca absorben toda la atención de la Edad Media.

Desde que el monje benedictino Guido de Arezzo, para quien la ventana de su celda no era otra cosa que una lira de luz con cuerdas metálicas, concibió la idea de la gama ó escala diatónica, principió el soberbio desfile, que hasta el día sorprende por su número y calidad, de inmortales maestros ó de renombrados expositores de la teoría musical, tales como Salinas, cantado por Fray Luis de León, Zarlino y Juan de Espinosa, Juan de Anchieta, el mimado cantor y capellán de los reyes católicos, Francisco Peñalosa, que logra atraerse la confianza y admiración del gran pontífice León X, Fray Juan Bermudo, autor de un notable libro sobre la declaración de instrumentos, Ortiz y Cabezón, Guerrero, Infantas, Durán, Flecha y Azpilcnetta, conocidos tanto en España como en Italia y en los Países Bajos. Alfonso el sabio, no sólo

compone sus cántigas melódicas, de aire religioso, sino que funda en la Universidad de Salamanca una cátedra de música, levantada á mucha altura por el notable maestro Bartolomé Ramos de Pareja.

Juan de la Encina, el fecundo poeta, fundador del teatro español, tan lleno de distinciones en la corte de Fernando el Católico, como lo fué Lope de Vega en los reinados de Felipe III y Felipe IV, descuella también como un compositor insigne de música mística y amorosa.

Durante los siglos XV y XVI, la música religiosa prospera admirablemente en España, al propio tiempo que la teatral comienza á remontarse con los originales compositores de la Academia de Nápoles, fundada por Gaffurio.

El Solitario del Castañal, después Cardenal Jiménez de Cisneros, al fundar la Universidad de Alcalá de Henares, la dota de una cátedra de música, desempeñada entonces por el esclarecido aragonés Pedro Ciruelo, antes catedrático en la Universidad de París.

No hay razón, pues, para inculpar á la Madre Patria, de indiferencia por el cultivo del divino arte, tan estrechamente unido al lenguaje, á la poesía y á la civilización en general.

Por su parte, Francia, Italia y Alemania tenían aventajados representantes de la didáctica musical en Juan Felipe Rameau, Sauver, Burette, Nivers, Merseno, Oriando de Lasso, Blainville, Dalambert, Serre, Baillere, Mercadier, Jamard, Bethizi, Tartini, Cerone, Martini, y el padre Kircher.

En las basílicas romanas, la frase musical, que dá origen á la forma poética de los idiomas modernos, lo mismo que la tonalidad del canto armonioso, último resto de la música griega, adquieren toda la grandiosa majestad propia del culto católico. Las catedrales de España, no sólo cantan lo mismo que las de Roma, sino que tienen otro canto propio, el isidoriano ó gótico, que otros llaman muzárabe.

Monopolizada la música por la Iglesia, volaron en alas de la fama los nombres de esclarecidos organistas como Viana, Ruiz, Patiño, Victoria, Llóres, García, Guerrero, Roldán, Morales, Nebra, Marchad, etc.; y el afán de admirar los prodigios de teclado del célebre maestro Antonio de los Organí, atrae hacia Florencia, desde Inglaterra y de todos los países del Norte, á los poderosos y amantes del arte.

El flamenco Adriano Villaert, maestro de capilla en San Marcos de Venecia, funda á principios del siglo XVI, la primera escuela musical, propiamente dicha.

Claudio Goudimel, (1510 - 1572), maestro de Palestrina, y una de las víctimas de la terrible San Bartolomé, funda también en Roma una renombrada escuela de música.

En medio de este florecimiento del arte aparece Palestrina, *príncipe de la música*, que depura la sagrada de su mezcla con lo profano, según lo ordenaba el concilio de Trento, y escribe como exponente de la reforma, la *Misa del papa Marcelo*. Retirado después á la soledad del monte Celio, perfecciona sus madrigales, en que vierte el raudal de su mística ternura, con profundos y sencillos cantos de significación simbólica para expresar las relaciones del alma con la Religión, y luego se transfigura como Moisés en el Sinaí, cuando llora los padecimientos de Cristo, ó revela en su Stabat, los dolores incomprensibles de la Madre de un Dios crucificado.

Ruggiero Giovanelli, sucesor del gran maestro, sobresale también como compositor de música sagrada, llena de unción y de ternura. Poco

más tarde, Landi, notable compositor de canto llano en la capilla pontifical, da el primer ejemplo del dño en un drama religioso.

Gregorio Allegri, compone entre otras varias obras religiosas de universal admiración, el ponderado *Miserere*, que más tarde reprodujo Mozart, después de haberlo oído cantar un Viernes Santo en la Capilla Sixtina, no obstante la pena de excomunión impuesta al que osara reproducir tal maravilla.

Los oratorios y salmos de Bach, el profundo músico, pianista y organista, que muere ciego, preceden al Stabat Mater de Francisco José Haydn, creador admirado de las obras sinfónicas, por lo que se le ha tenido como patriarca de la música moderna, en sus más altas direcciones científicas.

Lamas, el modesto hijo de Venezuela, compone un *Popule Meus*, que aún hoy se canta por las notabilidades que forman el coro de la asombrosa capilla de Sixto IV, donde han resonado las voces de Mustafá y Moreschi, entre las de otros grandes intérpretes de la melodía sencilla y uniforme del tema coral ó gregoriano, de los arranques de Basilio y Juan el Damasceno, del bello himno ambrosiano, del *Tu es Petrus* de Meluzzi, del ¡Hurra! de Gounod, del himno de Capocci, de los inmortales Misereres de Palestrina y de Jommelli, del *Stabat* de Rossini, etc., obras patéticas en que el celestial regocijo inunda los espíritus, ó en que el supremo dolor del universo se condensa en lluvia de lamentos conmovedores y tétricos, como el último clamor de la inspiración, llevado en alas de la fé.

R. Matias Quesada

Tolstoi

El conde León Tolstoi acaba de añadir una nueva habilidad á las muchas que posee y practica: se ha hecho encuadernador.

Según M. Levenson, que acaba de visitarlo en su residencia de Tula, el conde ha pasado la primera mitad del invierno encuadernando en piel una biblioteca de cuatrocientos volúmenes á la rústica que tenía, haciéndolo todo, desde el cosido de los pliegos hasta los dorados, adornos y letreros de la cubierta y del lomo.

--- 'Tolstoi,---dice M. Levenson---se encuentra en excelente estado de salud, pero lee ahora menos que antes y duerme mucho más.

Sus lecturas favoritas consisten en libros ingleses y americanos, que tratan principalmente sobre puntos de cooperación del trabajo y el capital, casas para obreros y gobierno municipal. Ahora lee casi siempre acostado.

"Y no monta á caballo diariamente, pero nunca deja de dar un paseo á pié, cualquiera que sea el estado del tiempo.

"Muéstrase tan poco cuidadoso de su salud como siempre, y cuando me marchaba, insistía en permanecer en la puerta, sin sombrero ni levita, aunque se estaba desatando en aquellos momentos una tremenda tempestad de nieve.

Manuel Rodríguez Cruz

Autor del cristo del sepulcro de la Catedral

Era un poeta domeñador de la forma plástica en el leño. Era un artista, un artista indiscutible.

La Muerte y el Silencio osaron echar sobre su cuerpo y sobre su memoria el negro sudario del olvido.

¡Inútil afán del Silencio y de la Muerte, para con los consagrados por el divino Apolo! El dejó obras admirables que perpetúan su nombre en los anales del arte costarricense.

El lejano apartamiento en que vivía, á modo de un huraño Paul Verlaine, ó de una ave llena de nostalgias del espacio, no logró que un día la cámara fotográfica reprodujera su cabeza digna de un lienzo de Velázquez, digna de un mármol del Renacimiento, digna de un bronce de Cellini.

Hoy presentamos esa cabeza majestuosa, de frente acariciada por el beso de las Musas y de ojos soñolientos ante los cuales desfilaron caravanas de ensueños, regando perfumes de mirra y cinamomo del país de la Fantasía, en viaje hacia la Meca del Arte y la Belleza

Fué un conquistador de la cima gloriosa del Triunfo, á donde van á vendar las heridas de la jornada los pujantes luchadores de la idea, á donde van á apagar su sed los bizarros intelectos, á donde llegan los ungidos por el genio, á donde cuelgan sus enormes cortinajes los crepúsculos, á donde refrenan sus vuelos las águilas que conocen el imperio de las nubes. El estímulo nunca llegó á prestarle alientos en su modesto estudio de escultor, de donde salieron obras maestras que en Europa asombrarían por la belleza que el viejo maestro supo darles.

En un pueblo casi aldea, Palmares, está un San Francisco de Asís en éxtasis; ese estado de alma en el momento de los arrobamientos, en el momento en que algo se desprende de la materia humana para tramontar extraños mandos, ese momento que no recuerdo qué escuela filosófica llama



El escultor costarricense Manuel Rodríguez
Fot. Paynter Bros.

desdoblamiento, supo el artista de que trato, imprimirlo, valga la palabra, en esa su obra, la cual, como concepción artística, la cantaría en el más raro poema que mi Musa me dictara.

Id á la Catedral y á hurtadillas, para que no os califiquen de sacrílegos, destapad el santo sepulcro, descorred un velo albo y luego un sudario también albo y os hallaréis con una maravilla de arte escultórico, es un Jesús muerto, una escultura yacente que representa al Profeta, al soñador y moralista más grande y abnegado que vieron los siglos pasados. Allí veréis la tranquilidad de la muerte resignada, la frente amplia de los grandes pensadores, ajada con el polvo de la escabrosa ruta del Calvario, la boca inflamada por el fuego de la elocuencia divina, la planta tostada por los cálidos arenales del Asia, las manos delicadas que acariciaron á los niños y los golpes cárdenos asestados por los jurados enemigos de los que llevan un rayo de sol en el cerebro y aliento y esperanza en la palabra

Esa obra no estaría mal al lado del Nazareno de Montañés, y fué esculpida por el artista Rodríguez, ese que veis en el fotograbado, con la nieve que arroja el tiempo en los cabellos y de barba que rebela la nobleza de su estirpe.

Su genio aleteó por levantarse y encontró un buen punto de apoyo, la escuela mística; sobre esa enorme roca se posó, batió las alas de su numen y logró dominar la forma rebelde en el cedro oloroso de nuestros bosques, con el cortante filo de las herramientas.

Por lo que hace á la escuela nada hay que decir como no sea en su loor, en élla las conquistas de Murillo, Zurbarán y Ribera; en la Cúpula Sixtina Miguel Angel desplegó su fantasía y derramó una aurora de su genio. En esa escuela magna se immortalizaron muchos artistas; Velázquez se inspiró en élla cuando pintó el milagro de su Cristo y Rafael sus inimitables Madonas.

La gran Naturaleza era la Fuente Castalia en donde bebía el artista costarricense, Natura fué su maestra; élla le dijo mil secretos y le dictó la forma de los músculos, la candorosa de la faz de los niños, el reposo de sus Cristos y el gesto doloroso del rostro de los Nazarenos que esculpía. ¿Habrá mejor escuela?

Viejo artista, descansa so la losa funeraria, so el triunfo de tus obras; uno de los pocos que supieron comprenderte, el más grande de tus admiradores, irá una tarde, llena de incendios vespertinos, á tu sepultura á escuchar el sollozo de tu Musa y á pensar una elegía ingenua y cariñosa.

Pisimaco Chavarria



Fragmento

(DE UN ENSAYO DE NOVELA)

I

Agonizaba el año y su vida misérrima se extinguía por minutos,—soplo vago y ya perdido en el caos profundo de la eternidad; pero la caterva humana levantaba sobre las ruinas de semejante desgste, un inmenso edificio de esperanzas: á año nuevo, vida nueva, decaía. Y repitiendo ese aforismo se ufanaba y era, en la apatencia, feliz.

El gran baile del Teatro Nacional que en esta página se rememora tenía, así, un doble objeto; despedir, en la dulce embriaguez del júbilo, al viejo año, sobre cuyo cadáver fantástico se amontonan pesares, decepciones, malos recuerdos; y saludar al año naciente con esa alegría explosiva que se agita en torno de las cunas infantiles, cuando el niño lanza á los aires de la existencia su primer gemido y ofrece á la vista ansiosa su primera suavísima sonrisa; pintura exacta de la humana condición, que nos hace contemplar el pasado con lánguida tristeza y que dirige los ojos del alma, llenos de anhelo, hacia los horizontes del porvenir, en los cuales se dibuja como tierra prometida, una Atlántida poblada de ensueños y de venturas imposibles.

En aquella oportunidad, más que en otra alguna á lo que parece, habíase dispuesto que el baile fuera espléndido y suntuoso. El Teatro, ese pequeño palacio de bellas artes, mostraba en noche tal todas sus galas, á la radiante claridad de mil lucecillas de colores, en artístico concierto combinadas, ya en el antepecho de los palcos, ya entre las blancas columnas de mármol ó á lo largo de los ricos salones. Todo resplandecía entonces: los frescos se animaban como con vida misteriosa; palpítaba en las frías é imponderables curvas de las estatuas, algo así como un espíritu secreto; y en la pintura del *plafond*, llena de mujeres desnudas y pujantes, había como rumores de besos y quejas de voluptuosidad, como hálitos de tentación y leves crugidos de gasa.

El sátiro de aquí reía con risa perversa; la ninfa de allá se apostaba en el bosque como para una cita galante; Apolo parecía tañer con delicia su arpa de oro; los árboles inmóviles de este y del otro paisaje, agitaban sus ramas oscuras como al impulso de una brisa imperceptible; la máscara de Melpómene desplegaba su hondo rictus en una mueca de placer; y las figuras de alto relieve destacábanse con aire gentil y mirada codiciosa desde el fondo de las relucientes paredes.

Había flores por doquiera, en las cráteras ornamentales y en los jarrones dorados; rosas blancas, claveles encendidos, desde el ligeramente sourosado hasta el rojo sangriento; azucenas como pentélicas, de amarillo estambre; azalias de entrecerrado capullo y cameñas medio abiertas; magnolias frescas, opulentas y de terso pétalo; violetas de tenue y deleitoso aroma; ramos colgantes y guirnaldas policromas; un cámen florido, pues, que llenaba de perfume vario la atmósfera.

Y no es esto sólo. Dírase que de aquel jardín fragante, ó de las cítaras griegas ó de los callados pifanos pastoriles, se levantaban para temblar en el espacio, al conjuero de Orfeo, las musicales cadencias de la orquesta, en el fondo de la escena cobocada. Vibraba la música con tiernos y alegres sonos; ora la nota viva del vals, que arrebató la sangre y suspende el espíritu; ora el ritmo locuaz y breve de la galopa, á cuyo mágico diapason el juicio se pierde y la frase apasionada se desborda; ora la tranquila onda de la mazurca, con su dejo sentimental de serenata, en medio del cual sueña la novia sus sueños encantados y el galán con amoroso acento la dice todas las ternezas de su alma repleta de esperanza y todas las conjeturas de su corazón henchido de matorra incertidumbre.

Manifestaron los cronistas de aquella fiesta portentosa, en fútiles gacetillas ó en elegantes reseñas, que lo más conspicuo de la familia costarricense, tanto en lo que mira á femenil belleza como en lo que tiende á distinguida posición social, se hallaba congregado en el baile, cual si para ello hubiese regido mandato inexcusable. Nada tan cierto en efecto.

Allí se esparcían, con todos los tonos de hermosura y del donaire, nuestras más lindas mujeres. Había de las rubias ideales de áureo cabello y azules ojos, que miran con celestial mirada, prometedora de celestial ventura; de las de cutis blanco y nítido, que semejan humanos mármoles por delicado artifice esculpidos; de las morenas tropicales, ángeles terrestres de nuestra poderosa naturaleza, en cuyos ojos se copia la oscuridad brillante de las noches americanas y en cuyos labios de seda y púrpura el estandarte rojo del beso se ostenta como blasón tentador; de las de formas escultóricas y virginales, que por su exquisita belleza provocan las reverentes pasiones de la estética y acallan el resoplido de la bestia sensual; de las que aventajan con su sola presencia la tarea insuperable de los grandes artistas; de las que en cada sonrisa de su rostro dibujan el matiz de una virtud angélica; de las que en cada palabra brindan un tesoro del alma;

de las que á cada actitud espontánea se ofrecen á la admiración de los galanteadores como afrodisias inmortales, pero imposibles; de las de otras tierras y de otros climas, aquí retenidas por los halagos del propio hogar; mujeres hermosas, en tal variedad, que resuman todas las expresiones de la hermosura y de la gracia, desde las fugaces y casi dudosas expresiones, hasta las más altas é indiscutibles; matronas ya ajadas por el tiempo, que no por el vicio; madres jóvenes y primorosas, á quienes la fecundidad y el amor tornan resplandecientes; señoritas en edad de merecer, cuya juventud triunfal es tortura y tentación de los casados viejos ó de los vidos antipáticos; niñas adorables á las cuales la pubertad engalana con todas las rosas de la primavera y con todos los tintes de la aurora y cuyos cuerpos adquieren los primeros contornos de la belleza, como continúa indecisa, medio borrosa, hasta que poco á poco la curva impecable se fija, en una perfecta victoria de arte; cuyas mórbidas espaldas dejan entrever, apenas, el trazo de las alas blanquísimas de la inocencia infantil; en cuyas cabezas hay todavía cantos de pájaros divinos; y en el vago resplandor de cuyas pupilas se retrata, como á lo lejos, como en un tembloroso claroscuro, una soñolienta visión de la vida.

El salón del baile ofrecía un aspecto encantador. Roto el hielo de la exagerada cortesía, las parejas se entregaron á la locura de la danza; y á los acordes de la música desahucabanse como si alas impalpables las llevasen en el través de aquel estupendo concierto. Parecía en realidad un sueño maravilloso. Las mujeres movían sus cuerpos gráciles con aleteo de aves ó con rápida ondulación de serpientes; encendido el rostro, los ojos como iluminados por el fulgor de una llama, el seno rotundo y palpitante; ostentando la singular blancura de sus brazos, la fina flexibilidad de sus redondas caderas, el brillo de las piedras preciosas en juego de luz con la carne sonrosada, y el reflejo mate del oro y de las piedras, que realizaban la opulencia de los trajes, los infinitos tonos de la seda y la nitidez de lirio de sus pechos. Por el semblante de los hombres discurría el júbilo y les daba un aire nuevo, algo así como si les envolviesen ráfagas de idealidad y de sutil inocencia; á veces se adivinaba en algunos lucha violenta de pasiones que pugnaban por desahucarse de las fórmulas del respeto para saltar con algarraba salvaje; y no faltaba en la risa ardorosa de otros y en su mirada extraña, el gesto del sátiro lleno de malicia, listo para arrebatar la presa en un recodo de la selva y para marchitar su frescura con aliento incendiario.

La atención de todos los espectadores convergía á los danzantes, entre los cuales algunas parejas se contoneaban con orgullo, á sabiendas de que la admiración seguía las en los distintos pasos del baile, por el arte y donosura que mostraban en el lírico ejercicio. Y es cierto, sin duda, que una bailarina graciosa y bella es agradable solaz para el espíritu y dulce refrigerio de la voluptuosidad humana; de modo que los ojos del público se iban tras de la fuga leda de los cuerpos armoniosos, sin descuidar por eso el conjunto, que giraba en febril movimiento por el amplio salón, con los distintos grados del vértigo y del ritmo.

En los palcos y butacas del anfiteatro se estacionaban las personas mayores, la gente menuda y las solteras que por una ó por otra causa no podían ó no querían bailar; y al amparo de la respetable compañía de las señoras, destacábanse, de grupo en grupo, algunas de esas heróicas y temibles mujeres que á los cuarenta años todavía luchan por aparecer bonitas, frescas, casi impúberes y que á pesar de todos sus esfuerzos y engaños, forman irremediablemente la tribu social de las solteronas desechadas. Las críticas virulentas, las censuras acerbas, las intrigas de tres por cuatro son su oficio predilecto; cuando abrazan y miman en estrechísima galantería á las niñas con novio y á las casadas jóvenes, están ardiendo en rabia; y cuando el mando se divierte, ellas se apuestan por ahí en segunda fila, para roer honras, para inventar calumnias fútiles y para deshijachar vestidos.

En los pasadizos se cruzaban padres adustos y viejos calaveras, periodistas que hacían crónica mental de la fiesta, hombres de todas las edades y de todas las profesiones, políticos á quienes preocupaba sobremanera agasajar á las familias de los altos funcionarios y de los estadistas influentes y pisaverdes de ridícula apostura, que exhibían con empeño su frac prestado, su falsa cortesía, su vanidad insoportable y su oropel á crédito.

De pronto, cuando el entusiasmo era mayor, hubo una emoción general en el teatro: las notas solemnísimas de nuestro Himno, llenaron el espacio; cesó el baile por arte de encantamiento; prodújose primero un leve murmullo, á manera de un golpe seco de estop; elevóse luego, poco á poco, con el ruido de un enjambre de abejas en dispersión; llegó á una especie de cuchicheo unánime, y vibró por fin en los aires como un clamor inmenso. Mientras tanto, el cañón atronaba en las afueras de la ciudad, pitaban las locomotoras, las músicas militares recorrían las calles, repicaban las campanas de todas las iglesias y el pueblo hería los cielos con sus gritos prolongados y difíciles.

Eran las doce de la noche, el advenimiento del año nuevo: minuto de oro en el cual los impulsos de la bondad y las energías del bien inundan el alma y por un instante la apartan del egoísmo, de la tristeza innata, del hipérbita convencionalismo; en que todas las fisonomías se bañan con un tinte de fraternidad sincera, ante la perspectiva de una nueva etapa de la existencia, sobre cuyas líneas imaginarias el espíritu diseña panoramas desconocidos, así como de los pálidos toques de un esbozo el pintor entresaca escenas, paisajes, figuras raras y fantasías.

El baile fué, en consecuencia, suspendido, y los concurrentes se entregaron, en medio del ambiente de placer, á las felicitaciones rituales del caso. La voz de feliz año nuevo circulaba por palcos, corredores y salones, entre el *happy new year!* de ingleses y yanquis y el tremendo *prosit neujahr!* de los jovialísimos alemanes.

Apresurábanse los novios á ir, del brazo de la gentil compañera, en busca de la futura familia política; los amigos se estrechaban la mano efusivamente; crujía la seda oprimida por los fuertes abrazos; se canjeaban los saludos por todas partes; las risas y las bromas abundaban; la charla se hizo general y expansiva; y las mujeres y los matrimonios se besaban con ósculo de paz ó con beso ardiente de amor infinito.

Cuadro bellísimo hasta para las almas escépticas, que se sentían contaminadas de aquella fiebre sentimental y abandonaban por momentos su triste severidad; hora sagrada, cuyo régimen precario inducía á la benevolencia aun á los espíritus perversos que practican el odio por sistema y que á fuerza de envidia oculta y tenaz han secado, talvez para siempre, las fuentes de su alegría.

—Que sea por muchos años, amigos míos. *Ad multos annos*, señora, como se dice en la consagración de los altos dignatarios de la Iglesia . . .

La pareja á quien iba dirigida esta frase se detuvo al pie de la soberbia escala de mármol. Ambos agradecieron el voto del peripuesto mozo y ella dijo:

—Sentimos muchísimo no verlo en nuestra boda y le buscábamos desde hace rato. Venga á cenar con nosotros: allí arreglaremos cuentas.

—Con el mayor gusto, señora: lo encontraré en seguida, porque debo liquidar antes un cierto compromiso pasajero.

La ola humana se agrandaba y los dos jóvenes recién casados se sintieron arrastrados por aquella, hasta llegar á la cantina, en donde tenían mesa de reserva. Iban y venían los criados con las bandejas llenas de fiambres y de bebidas; en los mostradores se apiñaban grupos de hombres que consumían licores de diversa clase en medio de brindis y carcajadas; el ruido de las copas, de los platos y de los cubiertos, se reforzaba de cuando en cuando con la sorda detonación de las botellas de champaña; se hablaba en voz alta de un extremo á otro de las estancias y de minuto á minuto la concurrencia crecía.

Aquel conjunto era en realidad interesante porque la esperanza y la ilusión, esas deidades intangibles y eternas, le daban animación y movimiento. Vefan los padres á sus hijos con mayor ternura y los hijos miraban á las madres con amable tristeza, como temerosos de perderlas en ese año, como pensando quizá en que ellas no debieran morir nunca, por compasión de los cielos. Los novios entablaron allí sus diálogos secretos, con esas frases triviales que nada dicen y que, sin embargo, lo dicen todo; palabras comunes, pero sentidas, pues son á modo de urnas que guardan los tesoros del amor; modismos conservados por el uso y que en el proceso pasional han llegado á convertirse en fórmulas sacramentales, más ó menos románticas, pero impercederas.

Por todas partes se ofrecían rostros sonrientes y labios femeniles incitadores del beso. El champaña burbujeaba en las flébilis copas y chispeaba después en las pupilas con luces de diamante. El vino hervía dentro de los cristales blancos, azules, rojos y verdes y dentro de la fatigada cabeza de los hombres, más locuaces por ese motivo, más prestos á la galantería, y empeñados en disimular su turbación bajo una risible máscara de seriedad y de circunspecto buen tono. En el fondo, unos cuantos mozalbetes y bohemios apuraban copa tras copa en íntimo paqué, mientras la alevisa embriaguez les atrapaba con sigilo, hasta infiltrarles en los nervios el tóxico de su locura, que lanza la imaginación á un éter de ímpetus diabólicos y perturba el alma con mil sensaciones extrañas.

En una mesita coquetamente ornada de claveles y banderolas, la feliz pareja de recién casados decifrase incontables ternezas, en plática tranquila y casi misteriosa. Ella resplandecía de hermosura y gracia, con sus veinte años triunfales, su cabeza perfecta y distinguida, su perfil de estatua griega, sus ojos grandes, negros y límpidos, su frente serena, su cuello sonrosado, su boca breve y carmínea, su busto imperial, su sonrisa luminosa y su mirada pura, llena de bondad y de inocencia; él, á su lado, tenía el orgullo viril y plácido del hombre fuerte, honorable y satisfecho de la vida, en quien corren parejas la bizarría del cuerpo y la belleza del alma y en cuyo semblante se trasluce, con firmes rasgos, la distinción natural, la energía del espíritu, el sentimiento profundo del deber y el horror instintivo hacia

el vicio y hacia todas esas pérdidas mistificaciones con que la conciencia y la vejeidad humanas desfiguraron a sabiendas el pecado; en las distintas fases de la indescribible comedia social.

Contemplaban juntos el espectáculo con interés marcado y de improviso llegó el amigo á quien habían invitado para la cena. Esta principió en seguida con simpática cordialidad y la conversación se fué animando lentamente.

—Pues bien—decía Pablo Miranda—la víspera del matrimonio de ustedes tuve que irme á Puntarenas para arreglar cierto negocio judicial de esos que no admiten demora; y á mi regreso supe que estaban ustedes en el campo, en plena luna de miel, entre los arrullos de los pájaros—¿no es cierto?—entre las flores y los encantos de la naturaleza. Lo que menos esperaba era verlos aquí esta noche, haciendo, por decirlo así, su presentación social de casados. Yo me he divertido de lo lindo porque sigo en mi tarea de buscarle emociones en donde quiera, aun á costa de las gentes más respetables. Ya ustedes ven que ese señor de los espejuelos no tiene en apariencia nada de particular.....

—¿Cuál?

—Ese diplomático, Ministro de no sé donde. Sin embargo, me imagino al ver su cara imperturbable y su afectación forzada, que es una pobre bestia; él cree lo contrario y se pavonea con su casaca negra y su medallita de oro, seguro de que el mundo entero se preocupa de sus menores ademanes. Pues ese hombre me intriga no sé porqué y le observo desde hace horas; me divierte como ustedes no tienen idea; me hace reír interiormente, como si fuera un chiste ó una caricatura.

—Y á nosotros no nos encuentra usted divertidos? No le serviremos también de tema para lo que usted llama sus emociones?—preguntó ella despacio, amablemente y acentuando las palabras.

—Para mí ustedes son adorables y sagrados, Eugenia. Lo juro—y volvió á ver al rededor con aire de malicia—lo juro, continuó solemnemente, por los ochenta años de esa matrona de la mesilla de enfrente, aspirante á muchacha de veinticinco, pintada á óleo y que resuelve en este mismo instante el gravísimo problema de trincar un pollo infeliz ¡ave simbólica, si las hay!

Entre la risa discreta de sus oyentes siguió diciendo:

—Este don Juan Espinosa, señora, su marido de usted por la gracia de la ley y de la curia eclesiástica, sabe que le quiero como á un hermano, casi como á un hijo y que se halla bajo mi alta protección. Desde la escuela ha sido siempre el mismo: serio, bueno, apacible y hasta metafísico; era primero de nuestra clase á título perpetuo y nunca participó de nuestras diabluras. Recuerdo que las picardías de todos le hacían sufrir y le enfermaban; pero nunca se negó á ayudarnos en las tareas y á influir con los profesores para el perdón de los castigos. Era algo así como un santo en medio de un infierno de diablitos; puntual en la asistencia é invencible para las matemáticas; iba á misa, se confesaba y por un tiempo me imaginé que concluiría por ser obispo. Sin embargo, hétele aquí mayor de edad, casado, agricultor y vecino de esta ciudad, con rumbo á ser padre de familia—perdón, señora,—y hasta millonario. A los veintiséis años sigue siendo una joya, tiene fincas, caja fuerte, gran posición y no satisfecho todavía de su suerte sueña en el matrimonio, en la vida de hogar, y pretende á Eugenia Medina y se la pide á sus padres, y éstos se la dan, y se casa con ella y ahora cena como un monarca, porque es el consorte de una reina.....

Agradeció Espinosa la galantería en nombre de su compañera y en el suyo propio; y afirmaba Miranda que el objeto de su discurso era demostrarles su reverencia y la elevada estimación en que les tenía, cuando un criado se acercó á ellos y les dijo que una persona les llamaba desde otra mesa.

Miraron todos al lugar que les señalaban y exclamó Eugenia:

—Ah! es el Doctor Maldonado, que brinda por nosotros.

Alzaron sonriendo las copas y el Doctor desde lejos hacía les visajes risueños. Era un buen mozo, casi un viejo verde, de barba poblada, de ojos saltones y vivos, de boca sensual y de cara rojiza, como si fuese alcohólico consuetudinario.

A poco Juan, su esposa y su amigo se levantaron de la mesa y el Doctor Maldonado les alcanzó enseguida. Saludó con acento paternal, con mimo de persona de confianza y dando el brazo á Eugenia, la dijo:

—Promesa es promesa: esta pieza es mía y no te la perdono. El vals de Gioconda me resultará ideal con tan buena pareja. Conque, con su permiso, señor marido y hasta la vista, joven leguleyo.

—Hasta la vista, señor matasanos, replicó Miranda con tono de burla. Y llevándose á Espinosa, principiaron á pasear por los corredores, mientras el baile continuaba con mayor efervescencia.

—El baile—decía Pablo con un airecillo enigmático—hay que considerarlo desde el punto de vista de lo macabro. Edgar Poe ha escrito maravillas en ese género terrible. ¿Cómo podremos conocer los misterios de las necrópolis, las mil curiosi-

dades que allí existen; cómo ver algún día las fiestas de los muertos, los cadáveres que bailan con música de huesos, riendo con sus largas líberas de dientes y mirando con las oscuras y polvosas cóncavas de sus calaveras?

Y luego, al entrar en el salón, recalcó esta frase.

—Oh! mi querido Juan, y qué cómicos y flacos que son los esqueletos!.....

Serían las cinco de la mañana cuando abandonaban el Teatro las últimas parejas de bailarines. Ya el sol comenzaba á bañar con su oro pálido las nubes del oriente y los picos de las montañas distantes; las estrellas se escondían en el cielo poco á poco, entre crespones plomizos y blancos. Un viento helado y suave rumoreaba al través de la ciudad soñolienta y todavía silenciosa; y las sombras se diluían, se adelgazaban en la atmósfera, para dar paso á la luz de la aurora, que iba iluminando quietamente los contornos del claroscuro.

En el pórtico del edificio se cruzaban los adioses postreros; caían los chales y los abrigos multicolores sobre los hombros femeninos; respirábase el perfume de la carne sudorosa y de las flores ya marchitas; el eco de las risas sonaba á lo largo de las calles; y en el ambiente se sostenían aún, como una vibración remota, los últimos desfalecidos compases de la música.

Y por fin las mujeres se marcharon en alegres grupos, á paso ligero, con el cuerpo y el alma vibrantes de placer, con las pupilas llenas de sueño y de pasión; y al perderse á lo lejos entre las plateadas reverberaciones del aura matutina, parecían bandadas de palomas en fuga, luego convertidas en sombras errabundas y fantásticas.

Guillermo Vargas

Conferencia

EN EL TEATRO NACIONAL

El domingo próximo pasado abrió nuestro coliseo sus puertas para que numeroso y escogido público llegara á escuchar la voz de la distinguida viajera argentina doña Isabel Belmont de Correa, quien se presentaba á nuestra sociedad ofreciéndonle galantemente una interesante audición que ha dejado gratamente impresionado el ánimo de los que tuvimos el placer de escucharla.

Después de haber ejecutado la Banda Marcial el Himno de Costa Rica y la orquesta el Himno de la República Argentina, el señor Licenciado don Ernesto Martín, con frase sencilla é inspirada hizo la presentación de la señora Belmont, siendo calurosamente aplaudido.

Dió principio la conferencia con el relato de la salida de Tucumán de la inteligente exploradora, quien fué poco á poco desarrollando las escenas de sus excursiones hasta el momento en que á bordo de un vapor fué sorprendida por una fuerte tempestad. Aquí recitó una composición poética "La Tempestad", que fué del agrado general.

Hubo media hora de intermedio, y luego continuó su narración, llena de pintorescos detalles y en el transcurso de la cual disertó con sereno juleio sobre la mujer, valiéndole merecidos aplausos.

Toda la conferencia, en la que predominó la forma literaria, fué amena, interesando vivamente al público, desde el principio, sin decaer un solo momento, hasta el fin: su llegada á nuestra tierra, para la que tuvo frases generosas que mucho le agradecemos.

Cerró, con broche de oro, declamando un "Saludo á Costa Rica", y todas las manos se juntaron para aplaudir frenéticamente á la patriota y viril mujer que sacrifica las mejores horas de su juventud en aras de la ciencia.

Vayan para la señora Belmont de Correa nuestros parabienes y el aplauso de uno de sus admiradores.

Adán Piñuela

Héroe y torero

Entiéndase bien que no se trata de una proeza taurina, de una de esas hazañas en las que el torero ostenta, á la vez que su valor, su destreza, burlando las furias de la res y sus brutales acometidas; no se trata de un quiebro en la cuna, de un volapié en las tablas, sino de un sacrificio de una vida en aras del patriotismo y de la dignidad.

Era el año de 1809: el gran Napoleón, el hacedor y deshacedor de reyes, había sentado sobre el trono de San Fernando á su hermano José.

España ardía; detrás de cada matorral se emboscaba un defensor de la nacionalidad y de la patria; los franceses no eran dueños sino del terreno que pisaban, y el rey José escribía á Napoleón:

“Para gobernar á España necesito levantar diez mil cadalsos y de un ejército de quinientos mil hombres”. El rey de pega hacía una figurilla bien triste en Madrid, viviendo menospreciado, casi solo, sin más corte que su casa militar y tres ó cuatro partidarios españoles tibios y poco entusiastas por su rey extranjero.

Para dar un poco de animación y de vida á aquella tétrica corte, para presentar al rey José al pueblo de Madrid y para proveer una manifestación, ya que no de entusiasmo, siquiera de simpatía hacia el monarca exótico, se organizó una suntuosa corrida que debía ser presidida por el rey José Bonaparte.

Pedro Romero se encontraba á la sazón en Madrid, y un poeta dramaturgo adicto al nuevo régimen, se encargó de abordarlo y de proponerle que tomase parte en la corrida.

—No puedo, señor, contestó con contrariedad el majo—mañana al amanecer parto para Sevilla.

—No partirás sino hasta el martes. El lunes de por fuerza torearás en Madrid.

—Mucho placer tendría en obedecerte, agregó Romero; pero eso que me pedís es imposible.

—Pues tiene que ser; los carteles están ya impresos. Tú eres quien tiene que dar esplendidez al espectáculo y serás pagado con largueza.

—La corrida, replicó con entereza el majo, debe presidirla ese rey que nos han traído ahora; al brindar el primer toro tendría que doblar la rodilla ante él, y Pedro Romero, no la dobla sino ante Dios y ante don Fernando VII, que es el único monarca que reconocen los verdaderos españoles.

El emisario palideció hasta la lividez, contrajo los labios en un mohín de cólera, después de una pausa, exclamó con sarcasmo:

—Pues la doblarás, mal que te pese. Previendo tu renuncia, he dado aviso al Corregidor; á estas horas estás vigilado por la policía y no podrás salir de Madrid hasta no haber toreado el lunes. Piensa lo que haces: tienes mujer é hijos, y los que tienen esas cosas si suelen no temblar ante las astas de un toro, suelen temblar ante los palos de la horca.

El emisario se retiró. Pedro permaneció unos momentos inmóvil y pensativo, después levantó la cabeza y se dirigió tranquilamente á su albergue.

Llegó el lunes y la hora de la corrida.

Madrid parecía un cementerio, nada de aquel bullicio y animado desfile, rumbo al circo; nada de caleseros ni manolas, nada de gritos de alegría ni de manifestación de regocijo. A lo largo de la carrera, los picadores, cabibajos y tristonos y las carrozas de matadores y banderilleros. La plaza estaba también desierta. Antes de la llegada del rey, y para hacerle menos perceptible el desaire de la población, piquetes de soldados hicieron una leva y á culatazos llevaron algún público á la plaza.

Llegado el momento de la muerte del toro, Romero se acercó á tomar los trastos y al hacerlo dió en voz baja una orden á un peón. Este manifestó un estupor profundo y como que se rehusaba á obedecer; pero un ademán imperioso y una mirada penetrante de Romero, le hicieron doblar la cabeza y someterse. Fue el peón á los medios, y empapando á la res en trapo, la enfiló y lanzó en línea recta sobre el matador. Romero vió venir á la fiera: se cruzó de brazos, se cuadró á su frente, y sin desplegar la muleta ni apercebir el estoque, se dejó arrollar por ella.

Romero cayó y rodó por la arena envuelto en una nube de polvo; el toro lo embistió, lo pateó, lo lanzó por los aires sin que el matador desmenuzara los brazos ni lanzara un grito ni un gemido; y cuando sus compañeros acudieron al quite, yacía en tierra bañado en sangre y moribundo.

Y dicen que el rey José, moviendo con desaliento la cabeza, exclamó:

—¡Es imposible domar á este pueblo!

Como lo anunció en días pasados nuestro compañero *Stenio*, comienza hoy esta revista la publicación de la preciosa novela de nuestro inteligente colaborador Guillermo Vargas.

No dudamos de que nuestros lectores gozarán mucho con la lectura del fragmento que les ofrecemos hoy.

El jueves 4 de abril habrá una función en el "Palace Hotel", del Guild de Santa Ursula.

Los jóvenes tipógrafos Francisco Boza

Cano y Roberto Valladares, partieron para la Habana, Cuba.

Saludamos al señor Licenciado don Luis Cruz Meza y señora y á su señorita hermana Conchita, que procedentes de Guatemala se encuentran entre nosotros. Sean bienvenidos.

Se han concedido ocho días de licencia al señor Gobernador de San José, don Pedro Loria, y durante su ausencia se recargarán sus funciones en el secretario.

Un nuevo descubrimiento

Acaba de constituirse en Londres una importantísima Compañía, bajo la razón social "Blot" en homenaje al Prof. Samuel Makin Blot, célebre químico, con el objeto de lanzar en el mercado su invención científica de brillantes iguales á los legítimos en dureza y esplendor; este producto maravilloso se llamará "Brillantes Blot" siendo la perfección ahora un suceso cierto; antes había solamente dos clases de brillantes: Legítimos y Similes y desde ahora en adelante, existirán tres clases: Legítimos, "Blot" y Similes. Más de siete años el Prof. Samuel Makin Blot ha trabajado al perfeccionamiento de su procedimiento, pero solamente desde la invención del *Radium* y del uso del *Carborundum* ha sido posible dar á las piedras la dureza de los brillantes legítimos, sin perder el esplendor de éstos. Muchos químicos han trabajado algunos años para ver de producir científicamente brillantes legítimos; alguna vez han obtenido éxito pero nunca á precio de mercado. Los brillantes producidos algunos años atrás del químico Prof. Bessemer, eran aún más bonitos que las mejores piedras halladas en el África del Sur, pero el costo de la producción, también hecha en gran escala, era superior al precio de los brillantes verdaderos. No hay pues duda alguna que todo eso se puede obtener químicamente; puede ser producido científicamente, adoptando los ingredientes necesarios y adecuados. Al Prof. Samuel Makin Blot débese la honra de ser el primer descubridor de estos ingredientes. Los brillantes "Blot" se limpian y lavan como los legítimos y nunca pierden su esplendor, y cortan también el vidrio. El efecto producido de esta invención sobre los dueños de minas en Africa, está claramente demostrado en un artículo publicado en el *London Standard* de fecha 18 de octubre de 1905.

Conferencia de Sir Willim Thompson

Johannesburg, 27 de octubre.

La conferencia sobre los brillantes que hizo sir Willim Thompson obtuvo un éxito muy grande. Los gastos de la conferencia fueron aproximadamente en libras esterlinas 600; comprendiendo los experimentos y explicando el procedimiento del químico Prof. Samuel Makin Blot, éste salió confundiendo los cercadores de brillantes de Johannesburg. La conferencia declaró cómo vino construyendo el *Carborundum* y la *Grafito* en manera de dar á los *Brillantes Blot* el color del cristal y que fueron después enchapados en *Radium bromide* é inmersidos por varias horas en esta solución. Examinados después se acertó que el *Radium* hizo adquirir un color turquí magnífico que sólo poseen los brillantes legítimos. Los brillantes "Blot" resultaron extraordinarios también por otra propiedad, siendo extremadamente transparentes á los rayos Roentgen, mientras que cualquiera otra clase de imitación de brillantes queda oscura á los rayos Roentgen.

Los *Brillantes Blot* serán introducidos en todas las ciudades del mundo, y mientras que no puedan eclipsar totalmente los legítimos, harán rebajar su valor; pues ¿quién pagaría el precio de un brillante legítimo, cuando con poco gasto puede tener una imitación tan perfecta?

La *Casa M. Campi -- C. Casella N. 548 de Milán* (Italia) es la *única concesionaria con depósito*, y donde debe dirigirse todo pedido. No admite representantes, pues en breve, abrirá sucursales en todas las principales ciudades del mundo. No se envían catálogos, pues todas las esmeraldas joyas de última novedad, nacidas, planchadas en oro de ley de 18 kilates y en elegantes estuches, se envía á domicilio franco de todo gasto y en cajitas por el valor declarado en todos los países del mundo en donde haya oficina de correo, al precio único de 5 pesetas oro, pago adelantado, ya sean sortijas, imperdibles, pendientes, alfileres para corbata, alfileres para sombrero, botones de péchera, gemelas, collares, pinetas, broches, broches de cadena, medallas, gubias, etc. Para los anillos debe enviarse la medida.

Todo pedido será despachado á vuelta de correo.

Dirigirse al único concesionario,

M. CAMPI

C. Casella N. 548 -- Milán (Italia)

Enfermo se halla en la ciudad de Esparta, el respetable anciano don Alejandro Aguilar. Hacemos votos por su mejoría.

Sentimos especial placer en saludar á don Rafael Eduarte y señora, quienes después de un paseo por Europa y Estados Unidos acaban de regresar al país.

El lunes 1º de abril darán principio las clases en las escuelas primarias, y en el Liceo de Costa Rica.

Nuestro apreciable amigo don Rolando Mundo ha partido con rumbo á Panamá, á ocupar un puesto en el magisterio en aquella República. Feliz viaje y prosperidad en su carrera deseamos al inteligente amigo.

El domingo próximo pasado tuvo lugar en Heredia una partida de *foot-ball* entre el club "Renacimiento" de la ciudad de las flores y el "Alajuela", de la tierra de Santa María. Estuvo muy reñido.

El domingo de Pascua tendrá verificativo en el llano de Mata Redonda, una partida de *base-ball* entre el "Pan American Sport Club" de San José y el Club "Sport" de Limón.

El Centro Editorial de Miguel Seguí, de Barcelona, tan ventajosamente conocido en toda Europa y América por la esplendidez extraordinaria de las obras, á cual más recomendable, que figuran en su Catálogo y muy especialmente por su hermosa Revista *Album Salón*, primera ilustración española en colores, que hasta el día no ha conocido rival, ha emprendido la colosal publicación de una ENCICLOPEDIA UNIVERSAL que superará con mucho á todas las existentes en el mundo, tanto por contener una inmensidad de palabras más que las otras, cuanto por la inusitada riqueza, profusión y pulcritud de la parte ilustrada.

Tenemos á la vista el primer cuaderno, que el señor Seguí se ha servido enviarnos, de tan monumental ENCICLOPEDIA, útima palabra del adelanto moderno, y á fé que

por esta sola muestra podría formarse cabal juicio de que no serán promesas vanas las que se hacen en el prospecto que lo acompaña, si no fuese suficiente garantía de su cumplimiento la seriedad nunca desmentida de la importante Casa que la edita.

Y como en el citado prospecto vienen claramente expresados cuantos datos interesa conocer, las ventajas positivas que la obra ofrece conocer á todas las clases sociales y las condiciones de la suscripción, omitimos en gracia á la brevedad, parafrasear acerca de la magnífica impresión que el cuaderno de referencia nos ha causado, y nos limitamos á recomendar á nuestros lectores que no dejen de buscar en las principales librerías de la localidad el ALBUM-MUESTRARIO que al efecto les ha remitido el Editor, y en el que hallarán la justificación de estas líneas, al satisfacer la natural curiosidad que, sin duda, habrán despertado en ellos.

Biblioteca "Patria" de obras premiadas

MADRID

Publica novelas, cuentos, etc., premiados en concursos públicos y obras fuera de concurso debidas á los más distinguidos literatos españoles.

La mejor recomendación de esta "Biblioteca" es, decir que ha merecido alabanzas de literatos como los señores Pereda, Menéndez Pelayo, Palacio Valdés, Balart, Sánchez Moguel, Silvela, etc.

Los tomos que publica contienen preciosos grabados de los artistas españoles de más nombradía y cubiertas tiradas á seis colores con el retrato del autor de cada obra.

PATRONATO PRINCIPAL

Excmo. señor	Marqués de Comillas.
"	Conde de Bernar.
"	Conde de Canilleros.
Ilmo.	Barón de Vilagavó.
Excmo.	D. Joaquín Sánchez de Toca.

OBRAS PUBLICADAS

LA GOLONDRINA, (novela) por *Menéndez Pelayo*.

LA TONIA, (id.) por *Salvador Salazar*.

EL TOLARÍO, (id.) por *Santander y Ruiz Gómez*.

AIMAS DE ACERO, (id.) por *Rogelio Sánchez*.

LA HIJA DEL USURERO, (id.) por *Alonso*.

LA CADENA, (id.) por *Amor Beltrán*.

ESGRACIA, (tradición hispano-romana).

Pamplona Escalera.

COLECCIÓN DE CUENTOS premiados, de los señores *Menéndez Pelayo, Lafuente, Salazar Polanco, Teodoro Baró y S. Trujal y Planes*.

Pidanse en todas las librerías de la República